


FERMINA CAÑAVERAS



EL BARRACÓN
DE LAS
MUJERES


ESPASA

FERMINA CAÑAVERAS
EL BARRACÓN DE LAS MUJERES



Ravensbrück es la culminación de un proyecto basado en atentar contra los derechos de las mujeres: abortos forzados, esterilización, prostitución. Algunas de las prisioneras fueron obligadas a prostituirse; ninguna de ellas había ejercido como tal antes de llegar a este campo. Debían dar un servicio gratuito al Tercer Reich y la oposición estaba penada con la muerte.

© Fermina Cañaveras, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 21.826-2023
ISBN: 978-84-670-7176-4

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



DESPERTANDO LEJOS DE MI HOGAR

Madrid de 2008

El maldito teléfono no dejaba de sonar, el despertador de la mesilla marcaba las 6.30 de la mañana de un domingo que para mí aún no había comenzado, solo llevaba una hora intentando descansar de lo acontecido. Carla y yo habíamos discutido. De un tiempo a esta parte era lo único que hacíamos. Estaba cansada de que me reprochase absolutamente todo. Sus sermones siempre comenzaban con mi dependencia de la bebida y terminaba machacándome con el trabajo. Carla me quería, de eso no tenía dudas. Quien no se quería a sí misma era yo, y desde hacía un año, había decidido maltratarme con el alcohol porque nadie daba un duro por mis trabajos de investigación en el periódico, mi jefe estaba siempre recriminándome que había perdido el olfato, ese que le cautivó cuando me contrató recién salida de la Facultad de Historia. No era periodista, pero pronto conseguí convertirme en una gran comuni-

cadora; me gustaba encontrar historias olvidadas, sobre todo de mujeres represaliadas a lo largo de la última mitad del siglo xx, y eso a mis lectores les encantaba, y yo conseguía cautivarlos con lo que siempre ha sido mi pasión. Desde niña escuchaba a mi abuela, militante del Partido Comunista de España y una gran defensora de las libertades de las mujeres, contar multitud de vivencias que había hecho mías y compartido con el gran público. Era una manera de hacerle mi pequeño homenaje. Pero la María inquieta y con ganas de hacer justicia desapareció cuando empecé a consolarme en la barra de cualquier bar, tomándome unas cuantas copas a mi salud, cada noche brindando por mi declive personal. Sí, había perdido el olfato, el deseo y el afán de seguir contando, y eso se notaba a la hora de escribir. Sabía que en cualquier momento aparecería la gran historia, esa que aún estaba por contar; mientras tanto había decidido esperarla a golpe de chupito.

Inmersa en mis pensamientos, intentaba conciliar el sueño, pero un zumbido en la cabeza no me dejaba dormir. La persona que llamaba no paraba de insistir, seguro que era Carla. No tenía ni fuerzas, los últimos restos de alcohol que quedaban en mí comenzaban a desintegrarse para dar paso a la resaca; una resaca dura, densa, de las que solo consigues deshacerte desayunando una copita de brandi. Cerré los ojos, puse la almohada sobre mi cabeza y decidí olvidarme de todo.

Mi retiro duró unos segundos: el teléfono sonó de nuevo.

—¡Joder, joder!, no te voy a responder, sabes que estoy borracha —balbuceé mientras le hacía una peineta al móvil. Podía ver, a lo lejos, al lado de la pata del armario, que se iluminaba la pantalla.

Al cabo de diez minutos, la tecnología consiguió ganar la batalla. Después de tres intentos, logré levantarme de la cama, aunque tan solo pude mantenerme en pie un instante. La borrachera era más grave de lo que imaginaba. Me arrastré hasta la luz, cada vez más cegadora, y conseguí llegar a mi objetivo... justo cuando dejaron de insistir. Y allí, tirada en el suelo, entre ropa, libros y zapatos, decidí ver qué persona quería joderme lo que quedaba del fin de semana. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que Carla no era quien llamaba. Era mi madre. Mi lamentable estado impidió que me diera cuenta de que algo sucedía: tenía quince llamadas perdidas y otros tantos mensajes de ella. Un escalofrío me invadió, no sabía si devolver la llamada o esperar a que regresara la María que mi madre conocía, su hija buena, y no la que estaba muerta de miedo en la habitación. Me arme de valor, rescaté la poca dignidad que conservaba, recogí mis pedazos del suelo, me senté en la cama, pegue un sorbito de agua del vaso que había sobre la mesita de noche para aclararme un poco la voz—los borrachos sabemos de la importancia del agua en nuestro viaje hacia la realidad—,

y me dispuse a llamar a mi madre. Marqué su número y esperé.

—Mamá, ¿qué te ocurre? Estaba durmiendo.

—Conseguí decir toda la frase sin tartamudear.

—Por si te interesa, tu abuela ha muerto. Si estás en condiciones, deberías pasarte por el tanatorio, a ella le habría gustado que estuvieras hasta el final —dijo mi madre con un tono seco y cortante.

Al escuchar la palabra «muerte», el móvil se deslizó entre mis dedos y cayó al suelo. Podía escuchar a mi madre a lo lejos, y allí, en aquella habitación oscura, inundada por un fuerte olor a sudor y whisky, fui consciente de lo que acababa de perder. La muerte había venido a visitarnos y había decidido llevarse a mi abuela. Me sentía basura, no estaba a la altura de las circunstancias: una de las mujeres más importantes de mi vida acababa de desvanecerse para siempre. La muerte es así de traicionera, siempre llega cuando menos la esperas.

Me recompuse como pude, fui dando tubos hasta el baño y, después de tres intentos debido a que las lágrimas no dejaban de brotar de mis inflamados ojos enrojecidos, conseguí meterme en la ducha. La fatiga y la debilidad eran viejas conocidas, al igual que la excesiva sequedad de boca, los dolores musculares y el de cabeza. El agua helada consiguió amortiguar el golpe. Bajo el intenso y desgarrador frío que sentía todo mi ser grité; grité por mi abuela y por no haber estado con ella en sus últimos momentos.

Salí de mi ducha reparadora y, al mirarme en el espejo del baño, la imagen que me devolvió no era agradable. La mujer que se reflejaba era una completa desconocida. No quedaba nada de lo que había sido: una mujer inquieta y con unas ganas enormes de transmitir, contar, rescatar del olvido tantas y tantas vidas. No quedaba nada de la jovencita de tez blanca como la nieve y mejillas sonrosadas y regordetas; su larga melena también había desaparecido, esa de la que mi abuela afirmaba que era tan rubia que cuando se reflejaban en ella los rayos del sol, podía dejar ciego a cualquiera. Solo quedaban esos grandes ojos verdes acompañados por unas enormes y oscuras ojeras. Estaba demacrada y no había sido consciente hasta aquel preciso momento. Lo intenté arreglar con un poco de corrector y maquillaje y el resultado no fue el deseado. Decidí lavarme la cara. Si alguien me veía al llegar al tanatorio, podría pensar que estaba hecha polvo. La verdad es que lo estaba, pero las heridas del alma no son visibles a los ojos de los demás. Nadie podría saber cómo me sentía realmente. Atrapada en una jaula de la que no podía ni quería salir, nadie había buceado en mis entrañas para ser consciente de lo que me estaba sucediendo. Cuando más necesitaba a mi abuela, ella decidió marcharse. Me vestí y llamé a un taxi para ir más rápido.

El viaje fue doloroso, se me hizo corto, habría deseado pasar algo más de tiempo en el coche que me

llevaba a despedirme de la incansable Sole. Nada más entrar, pregunté a la joven que sujetaba el libro de condolencias cuál era la sala de Soledad Hidalgo. Entonces la vi. Antes de que a la amable chica le diera tiempo a decir una palabra, Carla estaba junto a mí.

Agradecí el gesto, ella era mi parapeto, mi salvadora, sabía lo que me esperaba y estaba segura de que, si me enfrentaba a mi madre y al duelo de la muerte de mi abuela sola, no sería capaz de soportarlo y probablemente terminaría brindando por la salud de mi difunta y sus camaradas en la barra del bar más cercano. Nos fundimos en un abrazo, no hizo falta decir nada. No era el momento. Me cogió de la mano, me besó y me acompañó hasta la sala donde estaban las dos mujeres más importantes de mi vida: mi madre y mi abuela, que también, en cierto modo lo había sido. Tampoco hubo palabras, el silencio se había apoderado de la sala; solo nos miramos y comenzamos a llorar, no hubo críticas, solo lágrimas. Se nos había ido, ya no había tiempo para nada más. Era imposible retenerla, y allí, abrazada a mi madre, fui consciente de que se había marchado para siempre. Se me hacía muy estresante mirar hacia delante sin ella. Cuando conseguimos soltar el abrazo, la vi: mi abuela estaba como siempre al otro lado del cristal que nos separaba, y comencé a llorar de nuevo. No conseguía dejar de hacerlo. Mis lágrimas eran mucho más rá-

pidas que mis manos, que no daban abasto a limpiar ojos y mejillas.

Estaba segura de que todo lo tenía dispuesto antes de morir. La habían amortajado con su bata negra, la que la acompañó durante toda su vida, y prendida en ella su bandera, la republicana. No había flores, solo un ejemplar de *Memoria de la melancolía*, de su adorada María Teresa León. Tenía el rostro sereno y tranquilo, despojado de todos sus malestares. Pasé un largo tiempo junto al cristal y, cuando las fuerzas comenzaron a flaquear, decidí sentarme al lado de mi madre. Me cogió de la mano como cuando era pequeña, se la llevó a los labios y la besó. Se lo agradecí.

—Mamá, ¿quién es esa mujer que no deja de mirarnos?

Obtuve el silencio por respuesta. A mi madre le incomodaba la presencia de aquella mujer, una anciana menuda, de pelo blanco recogido en un moño, con el rostro triste y los ojos clavados en nosotras. Volví a preguntar y el silencio fue de nuevo la respuesta.

El día se había complicado, la resaca no me abandonaba y necesitaba comer. No recuerdo cuánto llevaba sin ingerir algo sólido. Carla se ofreció a acompañarme. Mientras esperábamos en la cafetería del tanatorio de la M-30 a que el amable camarero me pusiera una tostada y un café bien cargado, pregunté a mi novia, daba por hecho que nos habíamos

arreglado, si se había fijado en la mujer menuda y misteriosa que estaba sentada en un rincón de la sala donde reposaban los restos de mi abuela.

—Sí, la verdad es que me llamó la atención. Llegó de las primeras, pregunté a tu madre por ella y me contestó que no quería hablar de esa mujer. Que era una antipática y una amargada, que era la causante de muchos de los problemas que en el pasado tuvo tu abuela.

—Seguro que será compañera del partido, pero su cara no me resulta familiar. ¿No te parece extraño el comportamiento de mi madre?

—Sí, ahora que lo mencionas.

Cuando regresamos a la sala, la extraña mujer ya no estaba.

Mi madre y yo pasamos el día como pudimos, cada una amortiguando golpes, los de mi madre infinitamente más duros que los míos. No entendía por qué extraña razón había decidido dejar sola a la abuela en Madrid. En cuanto pudo, se casó y se fue a Burgos a vivir una vida de mierda con mi padre, un guardia civil al que no le gustaban las ideas de su suegra. Todo lo que soy se lo debo a ella, y a su afán de conocer lo que sucedió. Nos faltó tiempo.

A las 22.30, la encargada de la sala vino a decirnos que en breve cerrarían. Estábamos solas Carla, mi madre y yo. Papá no había venido a despedirse, la abuela era demasiado roja y demasiado vieja. Le

dimos el último adiós y las luces se apagaron, cerraron las puertas y nos marchamos a casa. Carla se ofreció a llevarnos, durante el día habíamos decidido que pasaríamos la noche en la casa familiar, la pensión de la calle de Atocha que mi abuela regentó hasta que mi madre se marchó a Burgos. La soledad la fue apagando y un día decidió echar el cierre.

Cuando mi madre abrió la puerta, llegaron demasiados recuerdos: todo estaba tal y como lo recordaba. El largo pasillo oscuro que desembocaba en el amplio salón, iluminado por las luces de la calle. No pude evitar las lágrimas.

—Cariño, la abuela era muy mayor, estaba cansada —dijo mi madre mientras me abrazaba.

—Mamá, no he sido una buena hija, tampoco una buena nieta. Estoy perdida y no sé por dónde tirar. Agradezco que no me digas nada. Me da vergüenza haber llegado al tanatorio en las condiciones en que lo he hecho. Necesito ayuda, y creo que todo sería más fácil si me contaras qué os sucedió a ti y a la abuela.

—No sucedió nada...Tampoco quise saber. La abuela era una tumba y le estaré siempre enormemente agradecida por respetar mi decisión. Solo sé lo que te he contado multitud de veces: que alguien me dejó en la puerta de la pensión siendo un bebé y Soledad decidió hacerse cargo de mí. Nuestra familia se ha caracterizado siempre por no hablar demasiado y me daba tanto miedo preguntar que me

acostumbré a vivir con la incertidumbre. Así era menos complicado.

—Y la mujer del tanatorio que no dejaba de mirarnos, ¿quién es?

—Una vieja conocida de la familia; cuando yo era pequeña, pasaba todo el día en la pensión. Después las visitas se fueron distanciando y un día dejó de venir. Siempre me incomodó su presencia, nunca me gustó. He sabido por Gema, la enfermera que cuidaba de tu abuela, que, desde que Soledad se rompió la cadera, su antigua amiga pasaba todas las tardes con ella. No me importa mucho lo que les pasara, no heredé las ganas de conocer. Creo que se llama Isadora, pero no me hagas mucho caso.

—Qué nombre más bonito y extraño.

—Dejemos el tema, estoy muy cansada.

Estaba claro que no me iba a contar nada sobre Isadora, tampoco era el momento, su madre acababa de morir y decidí no insistir.

—Mamá, ¿puedes dormir conmigo, como cuando era pequeña? —pregunté.

—Desde luego.

Las dos estábamos agotadas; dormimos en el cuarto de mi abuela, en su cama. Y allí, intentando descansar del día tan sumamente duro que habíamos tenido, comencé a pensar en la mujer menuda y de pelo blanco. Su nombre no era muy común, ¿quién en su sano juicio le pone a su hija Isadora?, ¿por qué no dejaba de mirarnos? ¿Y por qué mi

abuela nunca me habló de ella? Demasiadas preguntas. Después de un tiempo buscando respuestas, me quedé dormida.

Mi madre me anunció con un beso en la frente que era la hora de despedir a la abuela, de darle el último adiós. Cuando me incorporé, pude darme cuenta de que la resaca aún seguía conmigo. Me levanté de la cama y, por un instante, una sonrisa se dibujó en mi rostro al ver la habitación. La luz que entraba por la ventana se había apoderado de ella. Parecía que el tiempo se había detenido, estaba todo tal y como lo recordaba. Cerré los ojos y respiré: miles de imágenes inundaron mi cabeza, y en ellas siempre estaban mi abuela y su sonrisa como protagonistas: cómo me esperaba cada domingo en el rellano de la escalera para darme un fuerte abrazo y me decía que se había pasado toda la semana preparando la casa, la comida y el arroz con leche que tanto me gustaba. Normalmente íbamos sin mi padre. Mi madre se ponía su mejor vestido, se pintaba, sacaba fuerzas de donde buenamente podía y cogíamos el autobús hasta Madrid para pasar los domingos con ella...

—Cuánto te voy a echar de menos, querida abuela.

—Hija, ¿con quién hablas? —El momento más mágico que estaba viviendo desde hacía mucho tiempo fue interrumpido por mi madre.

—Solo estaba pensando en voz alta, mamá.

—Prepárate, que no podemos llegar tarde al funeral, el cuerpo de tu abuela llegará al cementerio civil de la Almudena en dos horas. Me hubiera encantado darle una misa, pero seguramente que no me lo habría perdonado. He hecho todo tal y como ella lo dejó dispuesto.

—Mamá, voy a la ducha y enseguida estoy lista; debemos pasar por mi casa a coger algo de ropa.

—Yo puedo prestarte algo; al fin y al cabo, hay que ir de negro... ¿Sabes que el negro era el color de tu abuela? Con su madre cosida al corazón... Seguro que nos apañamos con lo que tenga ella y lo que te preste yo, no quiero llegar tarde.

Decidí no discutir e hice lo que me dijo mi madre.

Carla esperaba con su coche en la puerta. Me sorprendió. Ella y mi madre lo tenían todo organizado, yo simplemente me limitaba a obedecer.

Al llegar al cementerio, observé a todos los que nos esperaban, la mayoría camaradas del partido. Entre la gente estaba la misteriosa mujer menuda de pelo blanco; al menos ya conocía su nombre. También pude ver a Esteban, mi jefe. No sé cómo narices se había enterado.

La ceremonia civil fue muy emotiva, como a ella le gustaba, con cánticos y vivas a la República. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si estuviéramos en otra época, mucho más difícil y dura. Menos mal que mi padre había decidido no asistir, no lo habría soportado.

Nadie lloró, no hubo lágrimas, solo aplausos y lectura de poemas. El último lo leyó Isadora, aunque realmente no era un poema, sino una carta de agradecimiento. No podía dejar de mirarla mientras leía, sus palabras eran muy hermosas y duras a la vez, su voz se entrecortaba y tenía que parar a respirar profundamente para luego seguir. El final me heló la sangre: «Te estaré eternamente agradecida, gracias por respetarme y sobre todo por no juzgarme, te quiere tu sobrina, Isadora». ¿Desde cuándo mi abuela tenía una sobrina?, pensé. Imagino que sería de la familia que se elige, no en la que se nace. Aquella mujer despertó en mí lo que llevaba tantos meses invernando. Unas ganas inmensas de saber.

Al terminar el funeral, después de aguantar las condolencias de todos los amigos, la busqué, pero ya no estaba. Se me había escapado. Necesitaba hablar con ella, necesitaba conocerla.